

ARTÍCULOS

Géneros literarios y géneros científicos

Ekaitz Ruiz de Vergara Olmos

(Universidad Complutense de Madrid)

Resumen: La teoría de los géneros literarios ha sido uno de los ámbitos más cultivados de los estudios literarios en el siglo XX. Una cantidad creciente de polémicas no parecen, sin embargo, haber contribuido a aclarar demasiado la génesis y la estructura de los géneros literarios. El acercamiento que aquí ensayamos parte del supuesto de que las discusiones modernas sobre géneros literarios siguen la lógica de las discusiones sobre géneros y especies en el ámbito de las ciencias positivas, especialmente en las polémicas botánicas y zoológicas de los siglos XVIII y XIX, que no son sino una prolongación de las discusiones lógicas y filosóficas que la Edad Media heredó de la Antigüedad. Esta constatación nos plantea la posibilidad de establecer las bases de un estudio noetológico de los géneros literarios.

Palabras clave: Géneros literarios, géneros científicos, biología, noetología.

Abstract: The literary genre theory has been one of the most developed fields in the literary studies of the XXth century. An increasing quantity of controversies, however, doesn't seem to have contributed to clarify enough the genesis and the structure of literary genres. The approach that we are going to try here starts from the assumption that modern discussion about literary genre follows the logic of the discussion about genres and species in the field of positive sciences, especially the botanical and zoological controversies in the XVIIIth and XIXth centuries, interpreted as an extension of the logical and philosophical polemics raised in the Antiquity and in the Middle Ages. This assessment sets out the possibility of establishing the foundations of a noetological study about literary genres.

Keywords: Literary genres, scientific genres, biology, noetology.

μετάbasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

«El género es el lugar de encuentro de la poética general y de la historia literaria; por esa razón es un objeto privilegiado, lo cual podría concederle muy bien el honor de convertirse en el personaje principal de los estudios literarios». Con estas palabras, que han hecho fortuna, Todorov (Todorov, T., 1988) sancionó la importancia que para la teoría literaria del siglo XX alcanzó la especulación sobre la naturaleza de los géneros literarios, al tiempo que resumió con toda precisión el gran problema, la «antinomía», a que conduce la moderna teoría de los géneros literarios (y que es, precisamente, el fundamento de su importancia).

Por un lado, se alude a la «poética general», a la consideración sincrónica de los géneros literarios desde una perspectiva esencialmente «teórica». Por otro, se apela a la «historia literaria», es decir, al desarrollo diacrónico de los géneros como realidades fundamentalmente históricas o empíricas. Esta dualidad es la que se recoge mediante la distinción entre los llamados «géneros literarios teóricos» (también denominados «naturales») y los llamados «géneros literarios históricos» (o «empíricos»). Parece evidente que estas dos perspectivas no pueden tener un carácter disyunto y que, si hay teorización abstracta de los géneros, será siempre en función de los géneros históricos realmente existentes. Sin embargo, los problemas característicos de la teoría de los géneros surgen precisamente, como sugiere Todorov, en el lugar de encuentro o intersección entre «géneros teóricos» y «géneros históricos».

No solo la variedad de los géneros históricamente dados obliga a rectificar constantemente cualquier taxonomía abstracta o teórica que se quiera hacer de ellos, sino que esas mismas taxonomías parecen funcionar como revulsivo, en muchas etapas históricas y en muchas corrientes literarias o artísticas, para que un autor o grupo de autores deliberadamente las transgredan y las dejen, por lo tanto, rápidamente obsoletas. De esta forma, el ayuntamiento entre géneros teóricos y géneros históricos se ha mostrado como una empresa difícil, acaso imposible. No basta, por tanto, con la constatación evidente de que todo género teórico es también histórico (y, recíprocamente, con la constatación de que no habría géneros históricos sin una mínima clasificación teórica previa), puesto que la casuística resulta tan heterogénea y cambiante que ya ha conducido a muchos (llamados a veces «postmodernos», aunque no hacen sino retomar ideas románticas decimonónicas bien conocidas) a renegar de la misma idea de género y a pasar a considerarla como un simple corsé impuesto artificialmente sobre la inabarcable plasticidad del arte literario.

La dualidad entre el punto de vista de la clasificación teórica y el de la enumeración empírica se remonta de algún modo a la Antigüedad. Platón y Aristóteles ofrecieron clasificaciones de géneros literarios (y artísticos en general) en función, sobre todo, del

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

criterio sistemático de la mimesis. Pero en la tradición retórica ya se registra una tendencia al inventario empírico de distintos géneros, algunos de carácter menor o no estrictamente literario (el yambo, la oratoria, la prosa filosófica), como el que aparece, por ejemplo, en la *Institutio oratoria* de Quintiliano (Quintiliano, 1887, X,1). Este tipo de listas rapsódicas serán comunes en las preceptivas medievales y más aún en los comentaristas italianos de Aristóteles (Castelvetro, Trissino). Precisamente será en este contexto, en el Renacimiento italiano, donde fraguará la idea, que falazmente se ha querido atribuir en ocasiones a Platón y Aristóteles, de la existencia de tres grandes géneros que se habrían mantenido incommovibles a lo largo de la historia de la literatura (los géneros naturales o teóricos).

Fue, en efecto, Minturno quien introdujo, junto con el dramático y el narrativo (los géneros mimético y mixto, respectivamente, de la tradición aristotélica), un tercer gran género que en la Antigüedad no se había considerado entre los géneros literarios. Minturno en *L'Arte poetica* (1564) lo denominó, siguiendo la tradición, «mética», y hoy lo conocemos más bien como «lírica», que es como ya lo empleó en español Francisco de Cascales en sus *Tablas poéticas* (1617). De esta forma, en el Renacimiento cristaliza la conciencia por parte de los tratadistas de poética de la existencia de tres géneros supremos, teóricos, que tendrán después una pluralidad de concreciones históricas, empíricas. La dualidad que venimos glosando estaba ya, por tanto, plenamente ejercitada en la tradición, pero no propiamente representada.

Como es sabido, este último capítulo de la historia de la teoría de los géneros literarios no llegaría hasta el siglo XIX. Aunque será Hegel en la *Estética* (1835) el que dará forma definitiva a la tríada genérica, la primera formulación explícita del problema se la debemos a Goethe, que en el *Diván de Oriente y Occidente* (1819) distinguió entre *Naturformen* (formas naturales, identificadas con los tres géneros teóricos) y *Dichtarten* («tipos genéricos», identificables con los géneros históricos o empíricos). La importancia de Goethe para la teoría de los géneros literarios ha sido ampliamente reconocida, sobre todo desde que la reivindicara Julius Petersen a principios del siglo XX. Pero a nuestro juicio no ha sido atendido con suficiente profundidad un aspecto esencial de ella: que la formulación de la dualidad entre *Naturformen* y *Dichtarten* tiene, en el caso de Goethe, mucho que ver con los debates que en zoología y botánica se estaban desarrollando en esa misma época y en los que Goethe también participó activamente.

La importancia de Goethe como cultivador de toda clase de géneros literarios es indiscutible: se trata sin duda de uno de los más grandes literatos de su época. Pero quien se haya preocupado por estudiar el desarrollo de las ciencias naturales en Alemania durante los siglos XVIII y XIX también habrá encontrado en su figura a un gran cultivador de los géneros científicos: la botánica, la zoología, la meteorología, la

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

geología, etc. Sin embargo, se ha pasado por alto la relación que media entre estas dos actividades, muy distintas en apariencia, pero muy significativamente enlazadas en la figura de Goethe, que demuestra la superficialidad de enfoques como el de «las dos culturas» de C.P. Snow (que supone una disyunción fuerte entre una cultura literaria o humanística y una cultura científica o tecnológica). Desde luego, estas relaciones pueden ser exploradas de muy diversas maneras. Helmholtz, por ejemplo, decía que los éxitos obtenidos por Goethe en botánica y zoología no se debían tanto a su preparación científica cuanto a su excepcional sentido visual y artístico. Pero, al margen de la verdad o falsedad de esta opinión, no es en este plano biográfico o subjetivo en el que nos queremos mover en el presente artículo, sino en un plano sistemático.

Szondi (Szondi, P. 1974, 87) advirtió certeramente que en *Diván de Oriente y Occidente* Goethe había tratado de combinar la poética (*Poetik*) con la historia natural (*Naturkunde*). Esta obra, de hecho, fue escrita al tiempo que redactaba el volumen en el que recogería los resultados de sus investigaciones en morfología (*Zur Morphologie*, de 1820, donde se presentaba su célebre descubrimiento del hueso premaxilar humano). Siguiendo esta sugerencia, nosotros sostendremos la tesis de que la idea de las *Naturformen* como los géneros naturales supremos en que aparece dividida la literatura constituye el resultado de trasladar los problemas que en la ciencia natural de la época se estaban planteando a propósito de los géneros y de las especies biológicas al ámbito de la literatura. Como señala Nicholls (Nicholls, A., 2011), Goethe en realidad no estaba haciendo nada novedoso, sino que se limitó a trasladar al campo de la literatura lo que otros, como Schlegel y después Franz Bopp, ya estaban haciendo con el lenguaje: aplicar un método comparatista extraído de las «ciencias naturales» para reconstruir «filogenéticamente» las lenguas indoeuropeas. Pero, ante todo, la operación realizada por Goethe planteaba el problema clásico de la teoría de los géneros literarios en términos de la oposición naturaleza/convención (o, si se quiere, naturaleza/historia o naturaleza/cultura).

La formulación más reconocible de estos problemas en el contexto histórico y cultural en que se movía Goethe corresponde sin duda a los debates que se estaban produciendo en la biología de la época (filosofía natural, todavía) y que se remontaban por lo menos al siglo XVIII. El *Systema naturae* de Linneo, publicado en 1735, había representado un punto de inflexión para los estudios de zoología y de botánica, con la divulgación de su método de nomenclatura binomial que aún está en uso. Este método tenía raíces escolásticas evidentes: en el siglo XVI el italiano Andrea Cesalpino ya había utilizado la definición escolástica (porfiriana) de género próximo más diferencia específica para clasificar plantas. Pero lo importante es que Linneo estableció que estos géneros y especies en los que se dividían los reinos animal y vegetal tenían una presencia real en la naturaleza. Según esto, los géneros y las especies biológicas habrían permanecido inmutables y constantes a lo largo de la historia desde el momento de la Creación, aunque

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

posteriormente el propio Linneo admitiera la posibilidad de la hibridación (sobre la evolución del pensamiento de Linneo véase Alvargonzález, D., 1992). Esto lo llevó a postular un discontinuismo radical entre los géneros y las especies basado en una suerte de principio de economía que aseguraba el orden en la naturaleza a través de la cadena trófica. Este discontinuismo, como sugiere Bueno (Bueno, G., 2014), introduce un componente materialista en la concepción de Linneo.

A esta postura de Linneo (que es más filosófica o teológica que propiamente científica, aunque parta naturalmente de un material científico, empírico) se vino a oponer en las décadas siguientes Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, que publicó su *Histoire Naturelle* entre 1749 y 1788 (en 36 volúmenes). Influido principalmente por Locke, el conde de Buffon negó la posibilidad de un conocimiento «esencial» de la historia natural y criticó las clasificaciones zoológicas y botánicas como la de Linneo. Asumió la vieja tesis aristotélica, que había remozado Leibniz (*Natura non facit saltus*) un siglo antes, de la «gran cadena del ser»: el supuesto de que la naturaleza no es discreta, sino que se ordena según niveles crecientes de complejidad entre los que no hay cortes (Lovejoy, A. O., 1936). Desde esta perspectiva, los géneros y las especies en la clasificación linneana de plantas y animales no serán más que cortes artificiosos de un continuo climacológico que se ha desplegado históricamente. Por ello, Buffon prefirió usar una idea de especie que se acerca más a la que hoy tenemos: la especie era para él un conjunto de organismos interfértiles, idea que dejaba abierto el problema de la interfertilidad de los híbridos.

Sea como fuere, el debate Buffon/Linneo se presentó como una modulación, si se quiere «categorial», de un problema que es de carácter indudablemente filosófico: la oposición continuismo/discontinuismo. Por ese motivo, Bueno sostuvo la tesis de que los debates biológicos de los siglos XVIII y XIX no fueron sino la prolongación de los debates lógicos y filosóficos medievales, concretamente de los debates entre realistas y nominalistas dentro del llamado problema de los universales (Bueno, G., 2013). Aunque ambas posturas muy rara vez se dieron en sus versiones extremas (la postura escolástica mayoritaria parece haber sido una versión débil o moderada del realismo, el de los universales *in re*, a la que Bueno denomina esencialismo ajorismático), sirven para situar aproximadamente las diferentes posturas filosóficas. Pero aún se puede ir más atrás en la tradición filosófica para encontrar una oposición semejante entre realismo y nominalismo. Diógenes Laercio (Laercio, D., 1985, VI, 53) nos ha transmitido la siguiente anécdota sobre Diógenes el Cínico:

Quando Platón dialogaba sobre las ideas y mencionaba la «mesidad» y la «tazonez», dijo: «Yo veo una mesa y un tazón, pero de ningún modo la mesidad y la tazonez». Y él replicó: «Con razón, porque posees los instrumentos con los que se ven la mesa y el tazón, los ojos. Pero aquello con

μετάbasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

lo que se percibe la mesidad y la tazonez, la inteligencia, lo la posees»
(Laercio, D., 1985, VI, 53).

En el caso de la teoría de los géneros literarios, es claro que la postura realista (platónica, si se quiere) corresponde a las formulaciones clásicas de la tríada de géneros literarios teóricos o naturales. Estos serían de alguna manera constantes a través de la historia, hasta el punto de entenderlos como posibilidades irreductibles del propio lenguaje en su manifestación literaria (Todorov, Genette y los estructuralistas en general adaptarían en este sentido los tres grandes géneros teóricos, entendiéndolos como modalidades del discurso). Frente a esta postura se encontraría la que en la anécdota platónica representaba Diógenes el Cínico y que en el caso de la teoría de los géneros literarios ocupa paradigmáticamente la estética idealista de Croce. Como es sabido, Croce negó la pertinencia de emplear los géneros en literatura y en las artes en general, debido a su creencia, de cuño inequívocamente romántico, de que las obras literarias son la expresión única e irrepetible de un genio singular, el escritor o el artista. La posición de Croce corresponde a un «nominalismo atomístico», contradistinto de otras modulaciones continuistas del nominalismo. De esta forma, el género solo serviría para anegar tal individualidad expresiva en una abstracción rígida que no sirve para dar cuenta de su unicidad. Las obras literarias serán vistas como «átomos» de un continuo sin cortes, puesto que los géneros literarios serán percibidos como meros fenómenos, a lo sumo como etiquetas puramente convencionales que no solo no explican lo específico de la obra literaria, sino que entorpecen su evaluación crítica.

En la época de Goethe, este debate entre continuistas y discontinuistas se reprodujo de nuevo en las categorías biológicas, de tal manera que la oposición entre Linneo y Buffon se prolongó a través del debate Cuvier/Geoffroy. Cuvier (*Leçons d'anatomie comparée*, 1800-1805; *Le Règne animal distribué d'après son organisation*, 1817) había propuesto un sistema de clasificación del reino animal que rompía con la «gran cadena del ser» y su continuismo ascendente. Su enfoque, próximo al de Linneo, pero también con notables diferencias, se fundamentaba en sus importantes estudios de anatomía comparada que le llevaron, entre otras cosas, a fundar la paleontología mediante sus investigaciones con megaterios. La propuesta clasificatoria de Cuvier derivaba de una serie de caracteres jerarquizados (el más importante era el sistema nervioso) que se conjugaban según el principio fundamental de su «filosofía natural»: el principio de correlación entre partes. Para Cuvier los organismos eran una suerte de unidades en equilibrio entre partes diversas y la correlación y subordinación entre esas partes era lo que aseguraba su funcionalidad en el organismo considerado como totalidad. Un corolario fundamental de estas tesis lo constituye la creencia en que no podía haber organismos «intermedios» entre las distintas especies, porque la correlación entre partes era un principio armónico dado por Dios. Siguiendo la línea de Linneo, de esta manera, Cuvier postuló asimismo un

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

discontinuidad ontológica entre los géneros y las especies en biología (reconoció cuatro «ramas» discontinuas: los vertebrados, los radiados, los articulados y los moluscos).

Esto contrastaba en gran medida con las primeras tesis transformistas que unos años antes había defendido Lamarck, uno de los padres del evolucionismo. El discontinuismo de Cuvier le había llevado, como Linneo, a negar la posibilidad de que un organismo perteneciente a una de las cuatro «ramas» se convirtiera por evolución en un organismo de otra de las ramas. Lamarck, por su parte, había seguido más bien la línea del conde de Buffon, defendiendo una continuidad en la *Scala Naturae* de las formas de vida más simples (que habrían surgido por generación espontánea de la materia inorgánica) a las más desarrolladas, con el hombre como la forma más compleja de la organización de la vida orgánica. Tal desarrollo continuo por orden ascendente se habría debido a la adaptación al medio, una idea clave del evolucionismo en biología sobre la que Lamarck puso el acento. Las tesis evolucionistas parecían más solidarias del continuismo en los debates sobre las clasificaciones de géneros y especies. Por ello, la oposición a Cuvier vendría de otro gran anatomista que prolongó la tradición de Buffon y Lamarck: Geoffroy Saint-Hilaire.

Si la filosofía natural de Cuvier se centraba en la idea de función (que aseguraba el orden discontinuo entre sus cuatro «ramas»), la perspectiva de Geoffroy se articulaba más bien en torno a la idea de forma. La anatomía filosófica de Geoffroy (*Philosophie anatomique*, 1818) se fundaba, frente a la anatomía comparada de Cuvier, en el estudio de las analogías (homologías) entre las diferentes partes de los organismos, privilegiando de esta manera la perspectiva continuista entre especies. Esta comparación morfológica ponía al descubierto la semejanza que, a ciertos niveles, se podía establecer entre las estructuras anatómicas de organismos que en principio pertenecían a especies y géneros muy distintos. Y con ello las especies y los géneros volvían a aparecer, igual que en el caso del conde de Buffon, como meros cortes artificiosos de un proceso filogenético mucho más largo y complejo. Las tesis de la anatomía filosófica de Geoffroy tuvieron un gran recibimiento en Alemania, donde sus descubrimientos se pudieron asimilar fácilmente con ciertas ideas de corte más o menos místico que estaban presentes en la tradición idealista de la *Naturphilosophie*. Concretamente, la doctrina del arquetipo, alimentada en esos años por las primeras investigaciones embriológicas, suponía que todas las formas orgánicas de la *Scala Naturae* no eran sino variaciones de una primera forma común que se habría ido transformando históricamente (como el célebre arquetipo vertebrado de Owen). Influido por esta tradición de la que él mismo es un buen representante, Goethe tomó naturalmente partido por el continuismo climacológico de Geoffroy cuando se desencadenó su polémica con Cuvier.

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

El debate estalló en marzo de 1830, cuando se tuvo noticia de que las investigaciones de unos científicos (Meyranx y Laurencet) habían conducido a sentar profundas afinidades entre las estructuras anatómicas de los vertebrados y de los moluscos, con lo que se ponía de manifiesto la unidad en la composición orgánica entre dos de las «ramas» que Cuvier había supuesto comunicables. Geoffroy saludó de inmediato el descubrimiento como una confirmación de su continuismo filosófico y obtuvo con ello una respuesta inmediata por parte de Cuvier. No pretendemos resumir aquí el debate, que constituye uno de los momentos más decididamente interesantes de la historia de la nascente biología. Nos basta constatar la influencia que estas posturas debieron tener en Goethe, asiduo visitante en aquellos años de la *Académie des Sciences* parisina como representante en Francia del duque de Weimar. Es sabido, en efecto, que Goethe tenía un conocimiento de primera mano de tales polémicas y que tomó partido por la postura de Geoffroy, la más afín a su *Naturphilosophie*, ofreciendo incluso como corroboración sus propios estudios de botánica comparada (véase la edición de Martins de las *Oeuvres d'Histoire Naturelle de Goethe*, 1837). Es por tanto muy difícil que cuando el mismo Goethe planteó, en el ámbito literario, la dualidad entre géneros naturales o teóricos (*Naturformen*) y géneros históricos o empíricos (*Dichtarten*) no tuviera en mente el debate biológico y filosófico sobre el carácter natural o convencional de los géneros y especies de animales y plantas que se estaba desarrollando casi simultáneamente. El problema es, como se habrá notado, exactamente el mismo, pero aplicado en categorías distintas (y ahí radica precisamente, como veremos, el núcleo de la cuestión filosófica que nos ocupa).

La polémica que venimos glosando tuvo un punto de inflexión con la llegada del darwinismo a partir de los años 50 del siglo XIX. El evolucionismo ya había fraguado en ese momento con figuras como Herbert Spencer, pero sería la publicación de *El origen de las especies* la que le daría su empujón definitivo a partir de 1859. La «revolución lógica» de Darwin, como ha mostrado Gustavo Bueno, consistió sobre todo en la sustitución de los géneros porfirianos o linneanos por los géneros plotinianos. La perspectiva plotiniana, sin embargo, parece más próxima al continuismo de Buffon, Lamarck y Geoffroy: el evolucionismo confirmó que las diferentes especies venían las unas de las otras mediante el mecanismo de la selección natural, igual que la raza de los heráclidas que, según Plotino, «forma un género, no porque tengan un carácter común, sino por proceder del mismo tronco».

Ahora bien: si la «revolución darwiniana» tiene realmente un sentido gnoseológico interno a las categorías biológicas, será en la medida en que es capaz de recoger las clasificaciones convencionales o porfirianas, como la de Linneo (basadas en un acervo de rasgos fenotípicos), de las que necesariamente ha partido.

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

Dicho de otro modo: sólo en la medida en que podamos reconocer, desde la perspectiva evolucionista, la necesidad gnoseológica de las clasificaciones linneanas (reconocimiento que Darwin, tributario de una teoría de la ciencia inadecuada, no pudo alcanzar), todo lo mejoradas técnicamente que se quieran, podremos hablar de una revolución biológica darwiniana, y aún propiamente del «origen de las especies» y no más bien de su «disolución» nominalista (Bueno, G., 1998).

Este problema gnoseológico central que plantea el evolucionismo en las categorías biológicas es también el problema que, mediante la cita de Todorov, señalábamos al principio como definitorio de toda la moderna teoría de los géneros literarios. Para construir la misma idea de géneros naturales o teóricos, las tres «modalidades enunciativas» (narrativa, lírica y dramática) que se habrían mantenido siempre más o menos constantes, es necesario haber partido primero de clasificaciones históricas, convencionales, de géneros concretos (*Dichtarten*) como lo puedan ser la épica o el epilio, la oda o el epitalmio, la tragedia o el mimo. Desde la perspectiva de los géneros teóricos, estos géneros empíricos (a veces, subgéneros o especies) serán vistos *ordo essendi* como concreciones históricas suyas, pero es precisamente de esas mismas «concreciones históricas» (porfirianas) de las que ha habido que partir *ordo cognoscendi* para la configuración de los mismos géneros teóricos o naturales (plotinianos). Esto nos abre la posibilidad de un planteamiento dialéctico, y no meramente mecánico o reduccionista («los géneros literarios teóricos son en realidad géneros literarios históricos»), del problema que nos ocupa.

Bernard E. Rollin (Rollin, B. E., 1988), al proponerse investigar la lógica de las clasificaciones de géneros literarios, ya advirtió que históricamente ésta corre pareja a la lógica de las clasificaciones de géneros y especies en las categorías biológicas. Su análisis parte de las primeras clasificaciones de animales, correspondientes a las obras zoológicas de Aristóteles, quien significativamente es también uno de los primeros clasificadores de géneros literarios (en la *Poética*). Aristóteles habría imprimido en sus clasificaciones la distinción tradicional entre *physis* y *nomos*, o entre naturaleza y convención, una dualidad que atraviesa toda la lógica de las clasificaciones, tanto biológicas como literarias:

Podemos, por tanto, sugerir que la teoría implícita acogida por una gran cantidad de teóricos del género es un realismo aristotélico, una creencia de que están viendo y registrando lo que realmente existe y, en correspondencia, lo que debe existir. [...] El problema con este planteamiento naturalista del género es evidente. Cada individuo, al enfrentarse al mundo de los objetos, literarios o de otro tipo, puede partir de un conjunto diferente de categorías,

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

como la historia de la crítica demuestra claramente. La inducción aristotélica parece venirse abajo, pues varios individuos diferentes que aborden los mismos datos no captan el mismo conjunto de principios universales o *archai*, y ven diferentes esencias escondidas en lo que viene dado (Rollin, B. E., 1988, 134).

Este problema diagnosticado por Rollin en el naturalismo aristotélico puede ilustrarse también mediante los muchos debates biológicos de la tradición a propósito de los caracteres que deben tomarse como criterio para construir las clasificaciones de géneros y especies. No es lo mismo, en efecto, clasificar a los animales en función de los que tienen sangre y los que no tienen sangre (como hacía la tradición aristotélica) que clasificarlos en función de los órganos reproductivos o de rasgos morfológicos concretos (como empezó a hacer Linneo). Esto tiene el peligro de hacernos recaer en el polo opuesto del realismo aristotélico: el supuesto idealista de que no existen propiamente los géneros y especies que se clasifican, sino que toda clasificación es puramente convencional y, por lo tanto, arbitraria en alguna medida (la postura «postmoderna» ante los géneros literarios, prefigurada en cierto modo por los románticos y por Croce). Los episodios de la historia de la biología que hemos repasado también se ajustan claramente a esta dualidad: la vertiente representada por Linneo y Cuvier es «naturalista» (y realista), mientras que la línea Buffon-Lamarck-Geoffroy es más bien «convencionalista» (y nominalista). Pero, como advierte Rollin acertadamente, tal oscilación pendular entre naturaleza y convención, entendidas de forma disyuntiva, solo podrá ocurrir si se parte efectivamente de la dualidad entre naturaleza y convención como una dualidad originaria (y de carácter disyuntivo). Pero, al menos por lo que respecta a los géneros en biología, tal dualidad ha quedado superada por el darwinismo.

Lo cierto es que el cierre de la biología como categoría científica no ocurre propiamente con Darwin. Darwin se sitúa más propiamente en el contexto de descubrimiento que en el contexto de justificación, porque él mismo no fue capaz de dar cuenta de sus propios descubrimientos (teoría de la pangénesis, lamarckismo, etc.). La obra de Darwin constituye un principio de cierre, pero de cierre tecnológico (fenoménico todavía) del campo de la biología:

Desde el punto de vista gnoseológico (o, si se prefiere, desde la gnoseología del cierre categorial) la revolución darvinista representó la instauración de un determinado principio de cierre en el campo de los vivientes, no ya integral a todo el campo, sino a «escala de especies», en virtud del cual se establecerá, como norma constitutiva, que será preciso considerar a las especies vivientes como «vinculadas» (y no todas con todas) genéticamente, y no como si ellas pudiesen haber emergido de situaciones pre-biológicas. (Bueno, G., 1998).

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

Este principio de cierre es todavía, como decimos, fenoménico, tecnológico, porque solo está postulado, pero no demostrado. Por ello creemos que no se puede suponer, como hace Alvargonzález (Alvargonzález, D., 1996), que *El origen de las especies* constituya ningún tipo de identidad sintética sistemática. Los cursos paleontológicos, biogeográficos, fisiológicos, etc., que confluyen en la obra de Darwin no constituyen necesariamente una identidad esencial, sino más bien una identidad fenoménica, puesto que los fenómenos concatenados a través del concepto de selección natural no pudieron ser explicados satisfactoriamente (esencialmente) por Darwin y no lo serían hasta la constitución de la genética. Tampoco podemos suponer, como hace Insua (Insua, P., 2006), que la noción de selección natural represente una racionalidad α -operatoria por haber eliminado al «demiurgo selector» presente sin embargo en la selección artificial (técnicas de mejora de animales domésticos, ganadería, etc.) que sirvió a Darwin como modelo gnoseológico: la selección natural elimina ciertamente al demiurgo selector humano (diríamos, al sujeto gnoseológico), pero de ningún modo al sujeto temático, que en este caso es un sujeto zoológico o etológico. Por eso concordamos más bien con Ongay de Felipe (Ongay, I., 2008, 16) cuando escribe que «la noción darwiniana de Selección Natural se desenvuelve enteramente, al menos en lo tocante a la zoología, a una escala etológica (de signo *apotético*, *fenoménico* como veremos) que incluye necesariamente la presencia formal de operaciones desempeñadas por sujetos corpóreos».

En realidad, Darwin tampoco fue estrictamente el primero en postular este principio de cierre tecnológico. Probablemente el primero haya sido más bien el italiano Francesco Redi (otro caso interesante de individuo que reunía la condición de ser al mismo tiempo biólogo y poeta), que en el siglo XVII fue capaz de demostrar el origen biótico de las larvas de moscas, con lo que se descartaba la tesis de la abiogénesis de los organismos (unas conclusiones que más tarde corroborarían los célebres experimentos de Pasteur). Entonces, si la teoría celular se constituyó a través de la célebre fórmula de Virchow (*Omnis cellula ex cellula*), la tesis de la biogénesis demostrada ya por Redi se constituiría análogamente mediante la fórmula *Omne vivum ex vivo*. Descartando la generación espontánea, los términos del campo de la biología quedaban vinculados a una misma escala, que excluía cualquier término externo a los propios seres vivos. No hay duda, no obstante, de que el trabajo de campo realizado por Darwin (y que se movía enteramente en el plano β) representa un momento mucho más avanzado en la constitución de la categoría biológica que el correspondiente a los rústicos experimentos de Redi.

Esta constitución no llegaría hasta la teoría celular y, sobre todo, hasta la genética de Mendel. Con ello se daría una explicación de los fenómenos que había registrado Darwin, mediante el estudio sistemático de los mecanismos que propician la herencia genética, sustituyendo los nexos apotéticos por nexos paratéticos. Las consecuencias de la «síntesis

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

neodarwinista» para la lógica de las clasificaciones de géneros y especies son evidentes. Las clasificaciones porfirianas tradicionales (como la terminología binomial de Linneo) eran clasificaciones fenoménicas, por enumeración jerárquica de rasgos morfológicos, fenotípicos; la genética, en cambio, fue capaz de elevar tales fenómenos a la condición de esencias del eje semántico, concatenando esos fenómenos a otra escala. Pero, y esto es lo importante, las esencias genéticas (diríamos, las especies mendelianas) presuponen, para su construcción como tales esencias, las clasificaciones fenoménicas porfirianas (diríamos, las especies linneanas) de las que partieron (tanto en un sentido histórico como lógico, gnoseológico). De esta forma se establece un círculo lógico-dialéctico que define gnoseológicamente la especie biológica:

Porque sólo en los momentos en los que podamos mantener el círculo lógico-dialéctico de las definiciones (la especie biológica presupone una especie tipológica establecida y ésta sólo se establece a su vez a través de la especie biológica) —que es el momento en el que se mantiene, no la evolución, sino la revolución o rotación de la reproducción de los individuos de la misma especie—, entonces podremos hablar de especie biológica; y sólo en el momento en que rompamos este círculo, es decir, precisamente cuando se disocian las especies biológicas y las tipológicas, entonces podremos comenzar a hablar de evolución de las especies, de especiación. El «postulado de cierre» del campo de los vivientes a escala de las especies implicadas por la teoría de la evolución no es tanto un «axioma» que pudiera ser establecido desde el principio como un punto de partida del que pudiésemos desocuparnos una vez propuesto, cuanto una regla de construcción que ha de considerarse actuando en cada momento en que esté teniendo lugar la constitución de las «esencias genéticas» a partir de los «fenómenos» (representadas por las especies fenotípicas o tipológicas, linneanas). (Bueno, G., 1988)

La «síntesis neodarwinista» con que la biología alcanza su cierre categorial, esencial, convierte la dualidad disyuntiva entre naturaleza y convención en una reliquia metafísica (y esto sin perjuicio de que la *nueva síntesis* arrastre también nematologías nuevas, pero igual de metafísicas, como el «genocentrismo» de muchos darwinistas contemporáneos). Las clasificaciones de géneros y especies no serán, desde esta perspectiva, ni un reflejo especular de una realidad natural ya dada, ni un molde convencional que se emplea de forma gratuita o con fines puramente pragmáticos. Los teoremas anudados por la genética establecen una circularidad entre el plano de los fenómenos y el plano de las esencias (*ordo essendi* el fenotipo será «reflejo» del genotipo, pero *ordo cognoscendi* más bien es el genotipo el que será «reflejo» del fenotipo) que excluye estas dos visiones sustancialistas del problema para colocarnos ante una construcción circularista que

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

consideramos propia de las ciencias positivas: las clasificaciones contribuyen a constituir los materiales mismos que se clasifican tanto como estos contribuyen a la formación de tales clasificaciones (según un esquema diamérico de conjugación entre materia y forma). Es entonces cuando ocurre lo que Bueno ha llamado en alguna parte «inversión» del momento gnoseológico en momento ontológico:

La nueva ciencia biológica experimentó un desarrollo tan brillante a lo largo del siglo diecinueve (teoría celular, teoría de la evolución) que hizo posible que las «leyes gnoseológicas» pudieran comenzar a interpretarse como leyes ontológicas; o, como diría un escolástico, que las *leges mentis* comenzaran a verse como *leges entis*. En consecuencia, el género de metonimia que suele transportar el nombre del tratado hasta el campo correspondiente («Geografía» a «accidentada geografía española») comenzará a tomar la forma de una identificación: las leyes biológicas comenzarán a verse como leyes bióticas y lo «biológico» comenzaría a ser todo aquello que se considera característico de la vida orgánica. La «ley de la evolución» dejará de designar a una teoría más o menos respetable, entre otras, para comenzar a significar una «ley biótica» o propiedad de la vida orgánica misma. (Bueno, G., 2001, 26)

Este proceso debe disuadirnos por completo de la pretensión tradicional (aristotélica) de las clasificaciones genéricas por reflejar o adecuarse fidedignamente a unos géneros ya dados en la naturaleza. Más bien, habría que decir que el proceso gnoseológico de construcción de esas clasificaciones determina por entero la con-formación, la definición y el alcance de términos categoriales tales como «especie biológica», «evolución», etc. Sin duda, a partir de la constitución «esencial» de las categorías biológicas en el último siglo y medio aproximadamente, tales términos han experimentado una elevación del plano de los fenómenos al plano de las esencias, lo que los ha dotado de un riguroso estatus ontológico. Ahora bien,

el uso ontológico de estos términos no debe hacer olvidar nunca la ineludible referencia gnoseológica al margen de la cual esos términos acaso ni siquiera mantendrían su sentido. Pensar que una «serie ortogenética» —o que un «ciclo paleontológico de Schindewolf»— es un proceso ontológico enteramente independiente de los programas de análisis que lo determinaron, tiene tanto sentido como pensar que el flujo sonoro de la orquesta que ofrece el concierto es un proceso real espontáneo que puede entenderse al margen de las partituras (Bueno, G., 1993, 1376).

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

Aunque no dispone de herramientas gnoseológicas adecuadas para analizarlo de esta manera, Rollin advierte en su artículo este hecho: la teoría evolutiva y la genética han desbordado para siempre la dualidad entre naturaleza y convención dentro de la biología. Ahora bien, ¿cómo se traslada todo esto a los problemas de clasificaciones de géneros literarios? El mismo Rollin establece la analogía:

En cuanto que ha habido históricamente clasificaciones de géneros, los clasificadores han tenido que guiarse por algunos principios teóricos implícitos, aunque sólo sea porque el valerse de unas semejanzas e ignorar otras exige principios, del mismo modo en que los biólogos pre-evolutivos (e incluso el sentido común) han tenido que guiarse por principios rudimentarios. Lo que es necesario para que la teoría del género alcance su mayoría de edad, es que la teoría que esté detrás de la clasificación se articule y se defienda, del mismo modo en que la teoría evolutiva fue articulada y defendida. Sin una teoría, la clasificación literaria es algo análogo, en el mejor de los casos, a la historia natural en biología, el reconocimiento al azar de semejanzas entre particulares. (Rollin, B. E., 1988, 149)

En efecto, una teoría semejante, que haga con las clasificaciones de géneros literarios lo que la «síntesis neodarwinista» hizo con las clasificaciones de géneros y especies biológicas, brilla por su ausencia. Rollin no desespera y se atreve a pronosticar, a nuestro juicio de forma completamente errónea, un futuro en que tal teoría literaria sea posible. Incluso ofrece algunos rasgos que a su entender debería presentar dicha teoría, que en el mejor de los casos no rebasan el nivel de las simples tautologías. Por nuestra parte, tendremos que negar por principio no solo la existencia de esa teoría (los enfoques «evolucionistas» en estudios literarios, como la teoría de los géneros de Brunetière o la llamada poética evolucionista de Veselovski, no son más que vagas metáforas, como lo son también algunos intentos ingeniosos, pero superficiales, por trasladar el enfoque biológico a la literatura, en la línea de la distinción entre *genotexto* y *fenotexto* de Julia Kristeva), sino que habrá que negar también, ante todo, la misma posibilidad de tal teoría.

Pero esta negación no es gratuita, sino que obedece a motivos gnoseológicos manifiestos. El «campo de la literatura» no tiene, a diferencia del campo de la biología, una organización científica cerrada, porque no puede alcanzar el plano de las esencias del eje semántico. No hay teoremas literarios, sin perjuicio de que haya individuos que se presenten a sí mismos como científicos de la literatura. No hay, por tanto, en el ámbito de los géneros literarios, el círculo lógico-dialéctico entre esencias y fenómenos del que hablaba Bueno en el caso de la biología; en este caso, tal círculo se resuelve íntegramente en el plano de los fenómenos. Las categorías biológicas y las categorías literarias son, por ello, categorías esencialmente distintas, debido a sus respectivas organizaciones

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

gnoseológicas: mientras que los géneros literarios son ante todo totalizaciones distributivas de obras literarias cuyo carácter y complejidad siempre puede variar (porque dependen por entero del «ingenio noetológico» de su demiurgo humano), los géneros y las especies en biología se refieren más bien a totalidades atributivas (sin perjuicio de que éstas tengan que partir también de clasificaciones fenoménicas distributivas previas, e incluso integrarlas a la manera de *unidades complejas*, como en el caso del concepto de *phylum*), puesto que los términos de su campo (los propios organismos vivientes) mantienen entre ellos una *diátesis causal compositiva*, «vienen los unos de los otros», a diferencia de las obras literarias, de las que solo a través de una metáfora traslaticia se puede decir que «vengan las unas de las otras». Los géneros y especies de la biología son totalidades diatéticas establecidas a través de relaciones sinalógicas de filogenia, mientras que los géneros literarios son totalidades adiatéticas establecidas a través de relaciones isológicas de semejanza (y, por consiguiente, resulta impropio el uso de la idea de evolución en formulaciones tales como «evolución de la literatura» o «evolución de los géneros literarios»). Pero estas conclusiones gnoseológicas parecen colocarnos en la misma situación de indefinición y de escepticismo con que Rollin termina su artículo. Si no hay ni puede haber una teoría que totalice a nivel esencial los fenómenos literarios, ¿no estamos acaso condenados a que toda clasificación de géneros sea, al menos en cierto grado, convencional y arbitraria?

Desde luego, por los motivos citados, ninguna clasificación de géneros literarios podrá aspirar en ningún caso al grado de rigor y necesidad de una clasificación de organismos como las que, con todos los problemas y debates internos que se quieran (sistemática evolutiva, cladística, fenética, etc.), se manejan en la biología contemporánea. La falta de un cierre esencial en el «campo de la literatura» nos obliga a considerar todas las clasificaciones de géneros literarios como clasificaciones fenoménicas, que en ningún caso podrán realizar una «inversión» al momento ontológico (diríamos, por utilizar las categorías citadas de Kristeva, una «inversión» del *fenotexto* al *genotexto*, según una suerte de análogo literario de la «barrera de Weismann»). Pero, puesto que tampoco somos en absoluto cientifistas, eso no nos autorizaría a suponer que al margen de las categorías científicas no haya posibilidad alguna de organizar racionalmente otros campos no estrictamente científicos. Muy al contrario, precisamente el grado de rigor y de necesidad alcanzado por las ciencias positivas puede servir como modelo heteromorfo para la organización de tales campos (mediante una analogía de atribución). Esta perspectiva es la que denominamos noetológica.

Por lo tanto, para analizar la historia de los géneros literarios se pueden emplear las «leyes noetológicas», que se ajustan a las cuatro figuras de la dialéctica procesual, puesto que «las leyes noetológicas serían en lo esencial leyes dialécticas» (Bueno, 1993:1436). Siguiendo a Bueno (Bueno, G., 1995), consideramos, como figuras de la dialéctica, a la

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

metábasis, la catábasis, la catástasis y la anástasis (obtenidas mediante el cruce de dos criterios: el par *progressus/regressus* y el par divergencia/convergencia).

En los procesos de divergencia desarrollados en dirección de *progressus* encontramos la figura de la metábasis, que designa a aquellos esquemas materiales de identidad que consiguen desbordar el género del que partían. Tal vez el caso paradigmático de metábasis en el ámbito de los géneros literarios sea el *Quijote* de Cervantes, que presupone (como esquema material de identidad del que parte) el género de la novela de caballerías, con todos sus personajes, sus tópicos y sus situaciones reconocibles (y esto al margen de su carácter irónico o paródico). Pero, aunque parta del género de la novela de caballerías, es evidente que la obra de Cervantes rebasa con mucho las hechuras de este género (ya en decadencia cuando se escribe el *Quijote*) y, en la medida en que se subraya precisamente su carácter anacrónico, encarnando las acciones de los caballeros andantes en el personaje de un «entreverado loco», la novela desborda por completo todas las características propias de las novelas de caballerías. De esta forma, y sobre todo a partir de su recepción en las literaturas nacionales europeas a partir del siglo XVIII, el *Quijote* será, ante todo, una «novela moderna», un género nuevo que tiene, entre sus principales características, la de contar con un personaje que no solo no es un héroe en el sentido en que podían serlo Roldán o Lanzarote del Lago, sino que se trata de un antihéroe que ya apunta de algún modo a personajes «modernos» como Madame Bovary o Leopold Bloom.

Cuando se analizan procesos de convergencia desarrollados en la dirección del *progressus*, nos encontramos ante la figura que Bueno denomina catábasis, que puede entenderse como una confluencia de varias metábasis. Un caso paradigmático de catábasis en los géneros literarios lo constituye la *Commedia* de Dante, auténtica *summa* enciclopédica de todos los saberes medievales. Este carácter tan especial que reviste la obra de Dante ha llevado a numerosos debates críticos a propósito de su adscripción genérica, una *vexata quaestio* de la teoría de los géneros literarios. Lo cierto es que la *Commedia* es una confluencia, una catábasis, de múltiples esquemas materiales de identidad, que podemos reconocer en la tradición épica (Homero y, sobre todo, la *Eneida*), la tradición confesional cristiana (San Agustín, Boecio), la tradición bíblica, la tradición escolástica medieval, la tradición lírica romance provenzal y pre-stilnovista, etc. Pero la presencia simultánea de todos esos elementos épicos, líricos, teológico-filosóficos, etc., no convierten a la *Commedia* en una obra exactamente épica, lírica, teológico-filosófica, etc. Lo característico de la *Commedia* habría sido precisamente la reunión de todos esos géneros y subgéneros, pero rebasándolos por diamórfosis mediante el establecimiento de un género nuevo (que acaso no tuvo, salvo alguna excepción en Petrarca y otros, una continuidad histórica evidente).

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

Una situación en gran medida inversa nos colocaría frente a aquellos procesos dialécticos por convergencia desarrollados en dirección del *regressus*. En estos casos el género de referencia no se desborda, sino que los diferentes esquemas materiales de identidad desarrollados confluyen, pero se detienen, sin pasar al límite. Es el caso, por ejemplo, de *Rayuela* de Julio Cortázar, categorizada a menudo como ejemplo por excelencia de «antinovela». Esta definición puramente negativa del género nos indica ya que estamos moviéndonos en dirección de *regressus*: *Rayuela* aúna diferentes tradiciones literarias (la novela burguesa, la lírica, el microcuento, el ensayo, la miscelánea), pero no las rebasa, sino que detiene el proceso mediante la obtención de una suerte de pastiche literario. Así lo expresa Bueno (Bueno, G., 1977): «Si estos patrones literarios (como puede ser el de la novela) se han ido formando culturalmente, se han ido cristalizando según unas leyes, si estos patrones dan lugar a todo un género, cuando se disuelvan y pasen a otros, éstos son términos distintos, aunque procedan del primero. Llamarlos por el mismo nombre es pura confusión.» Y como ejemplo de este proceso aduce a continuación el mismo caso: «esa novela, o como se quiera llamar, de Cortázar, *Rayuela*...».

No hay duda de que los procesos de detención del paso al límite que se desarrollan en el *regressus* de los procesos dialécticos tienen mucho que ver con la ironía, con la parodia de un género (muy presente en *Rayuela*). Cabe atribuir, en este sentido, una gran profundidad a la idea tantas veces repetida, pero rara vez explicada, de que el período de decadencia de un género solo se reconoce por el momento en que surgen sus parodias. En efecto, un género literario puede llegar en una determinada fase de su desarrollo histórico a tal atrofia y anacronismo en sus formas y contenidos que deje paso casi exclusivamente a parodias suyas. Pero, aunque haya componentes irónicos en el *Quijote* de Cervantes, no es esta clase de anástasis, sin embargo, lo que propiamente lo define, cosa que sí ocurre, en cambio, con el *Quijote* de Avellaneda, que puede entenderse precisamente como una anástasis, un proceso de divergencia en dirección de *regressus*, respecto del esquema material de identidad que representa el *Quijote* de Cervantes. Estos procesos de anástasis son bien conocidos en la tradición y cualquier ejemplo valdría para ilustrarlos: pongamos por caso la *Batracomiomaquia* (la batalla entre las ranas y los ratones, apócrifamente atribuida a Homero), que parodia el género de la épica por vía etológica (igual que Ausonio, en el *Mosella*, parodiaría un componente clásico del género épico, el catálogo de los héroes o de las naves, mediante un catálogo de los peces que pueblan el río Mosela).

Naturalmente, todos estos procesos pueden entrecruzarse según una casuística muy rica y compleja que habrá que determinar en cada caso. Sea como fuere, es importante advertir que la interpretación del desenvolvimiento histórico de un género literario en función de una u otra figura de la dialéctica puede resultar clave para la interpretación alegórica de las obras individuales adscritas a ese género: no es lo mismo ver el *Ulysses* de Joyce

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

como una anástasis de la épica tradicional que como una metábasis de la novela moderna. Por ello, estos procesos dialécticos están necesariamente concatenados de forma circular con el mismo enjuiciamiento crítico de las obras de referencia (diríamos: no hay historia literaria sin poética general, y recíprocamente). Esto nos coloca ante una situación en la que la distinción entre géneros literarios teóricos y géneros literarios históricos, tomada habitualmente como oposición metamérica entre términos disyuntos, queda reformulada dialécticamente.

BIBLIOGRAFÍA Y WEBGRAFÍA.

Alvargonzález, D. (1992). *El sistema de clasificación de Linneo*. Oviedo: Pentalfa.

Alvargonzález, D. (1996). *El darwinismo visto desde el materialismo filosófico*, *El Basilisco*, Nº 20, 03.46.

Bueno, G. (1977). *Gustavo Bueno habla de literatura*. Juan Canas, *Revista de Literatura*, Nº 1.

Bueno, G. (1992-1993), *Teoría del cierre categorial*, 5 vols. Oviedo: Pentalfa.

Bueno, G. (1995). *Sobre la Idea de Dialéctica y sus figuras*. *El Basilisco*, Nº 19, 41.50.

Bueno, G. (1998). *Los límites de la evolución en el ámbito de la Scala Naturae*, Molina, E., Carreras, A. & Puertas, J. (eds.), *Evolucionismo y Racionalismo*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico & Universidad de Zaragoza, 49-87.

Bueno, G. (2001). *¿Qué es la Bioética?* Oviedo: Pentalfa.

Bueno, G. (2013). *Linneo y Darwin*. Tesela nº 115 disponible en fgbueno.es.

Bueno, G. (2014). *El Systema naturae de Linneo y la revolución lógica de Darwin*. Conferencia disponible en fgbueno.es.

Garrido Gallardo, M. A. (ed.) (1988). *Teoría de los géneros literarios*, Madrid: Arco Libros.

Insua, P. (2006). *Biología e individuo corpóreo: el problema del «sexto predicable»*. 2. *Formulación del teorema darvinista en El Origen de las Especies*, *El Catoblepas*, Nº 51, 11.

Revista *Metabasis*, Numero 6 (2020) ISSN 2605-3489

revistametabasis.com

μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

- Laercio, D., (1985) . *Vidas de los más ilustres filósofos griegos*. Orbis: Barcelona.
- Lovejoy, A. O. (1936). *The Great Chain of Being*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Martins, C.F. (ed.) (1837). *Oeuvres d'Histoire Naturelle de Goethe*, Paris: Ab. Cherbuliez.
- Nicholls, A. (2011). *Between Natural and Human Science: Scientific Method in Goethe's Noten und Abhandlungen zum West-östlichen Divan, Publications of the English Goethe Society* 80, N° 1, 1.18.
- Ongay de Felipe, I. (2008). *Entre el hábito y el instinto. Cuestiones ontológicas y gnoseológicas concernientes a las ideas de «conducta» y «evolución»*. *El Basilisco*, N° 39, 3.36.
- Quintiliano, M. F. (1887). *Instituciones oratorias*. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y Compañía.
- Rollin, B. E. (1988). *Naturaleza, convención y teoría del género*. Garrido Gallardo, M. A. (ed.). *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco Libros.
- Szondi, P. (1974). *Poetik und Geschichtsphilosophie II*, Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Todorov, T. (1988). *El origen de los géneros*. Garrido Gallardo, M. A. (ed.). *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco Libros.

Recibido: 22 de Mayo de 2020.

Aceptado: 27 de Mayo de 2020.